

Posiciones mutantes | Pablo Sináí

Acá. Ahora.

¿Qué puede un cuerpo? ¿Y qué tipo de cuerpo? Un cuerpo sintiente, un cuerpo geométrico, un cuerpo político, un cuerpo de obra, un cuerpo conceptual. Un cuerpo que cae. ¿Qué pueden cien cuerpos? ¿Qué pueden mil? ¿Qué pueden los cuerpos indóciles, inaprehensibles, escurridizos? Acá hay más cuerpos de los que puedes contar. Ahora están los que ves y los que no ves.

Acá. Ahora.

Son dos marcadores de imperativo sin verbo. Deícticos cuyos dedos alargados y huesudos te señalan qué hacer, dónde y cómo. Entra, acércate. Pon la mente en blanco. Concéntrate en el presente. Escucha la voz. Repítete a ti mismo: Acá. Ahora. Date órdenes. Obedécelas. Tírate al suelo. Retuércete. Arquea la columna hasta que truene. Pierde el equilibrio. Estira tus brazos hasta tocar las paredes. Inhala y siente los pulmones como globos. Inhala tanto que quieras hacerlos explotar. Este es el presente. Un intervalo brevísimo. Parpadea y se habrá ido. Una eternidad. Una maquinaria delirante que, sobre la vida, elige tu atención. Un discurso descarnado.

Acá. Ahora.

Estás en una sala aséptica y de dimensiones reducidas. Te rodean otros cuerpos y superficies de colores plenos. Cargados. Una pátina antropomorfa recubre cada imagen, cada volumen. Las formas vibran. Las marcas indiciales generan un triángulo en tensión: dos pinturas y una frase. Aparentemente opuestas, son componentes indisociables de la misma figura que acontece en simultaneidad. El auge y la caída del ídolo. Puede ser un individuo, un movimiento ideológico, un Estado. Una fantasía. En la emergencia, despunta la figura del líder. La cabeza. La vanguardia. Enuncia. Proclama. Congrega. Moviliza. Se materializa en monumento, como si ese desplazamiento hacia la adquisición de un cuerpo de materiales nobles, duraderos y erguidos aún sostuviera la promesa de lo eterno. En realidad, es una maldición. El objeto lo convierte en sepulcro. Le arrebató el vigor que lo ungía para condenarlo al olvido. Para que mute, habrá que derribar al ídolo. Y así, de nuevo, una vez más. Hasta que ya no sea necesario.

Acá. Ahora.

Los tiempos en donde la narración y los narradores ocupaban el lugar que cohesionaba el tejido del mundo y le daban sentido a vivir y morir no son más que el recuerdo a medias de un sueño inquieto. El relato se ha convertido en un amasijo. La experiencia quedó camuflada en la superficie. La luz artificial la fuerza a destellar como un accesorio, un ornamento. Una pantalla.

Acá. Ahora.

Es un instante. Azarosa y repentina, la mutación no tiene nada que ver con las voluntades. No se planifica. Acontece. Entre las mudas de superficie y los exoesqueletos de los signos, el estremecimiento de los cuerpos conjura la revuelta. El tambaleo es una posición revolucionaria. La contorsión, un llamado a la acción. Acá. Ahora.